

Cuidar acompañando.

Mikel era un joven de 40 años, casado y con un hijo de 11. Nos conocíamos anteriormente a abordarme una mañana en plena calle con estas palabras:

“Germán, me han detectado un cáncer de colon y me dan 1 año de vida”. Así como suena me dejó petrificado y sin saber cómo reaccionar. Un abrazo y silencio.

Fue operado y después de larga estancia en un Hospital de Pamplona fue dado de alta. Siguió con tratamiento de radio y quimioterapia durante algún tiempo hasta que le confirmaron que estaba “curado”. En una revisión posterior estalló la bomba: metástasis generalizada y desde ese momento el Equipo de Soporte de Atención a Domicilio de Cuidados Paliativos del Hospital de San Juan de Dios y dicho Hospital fueron sus compañeros inseparables de viaje a.....

Personalmente tuve ocasión de hablar con él y su mujer durante sus frecuentes estancias en el Hospital de San Juan de Dios en calidad de amigo, aunque ellos me identificaban, principalmente en esos momentos, como voluntario habitual de cuidados paliativos. Esta circunstancia hacía que me hablaran con franqueza y confianza total, pensando en que yo podría entender su situación y “estar a su lado”

Mikel veía truncada su vida, con proyectos personales y familiares inacabados. Acompañaba a su hijo, siempre que podía, en sus actividades deportivas. De hecho, estando ingresado en el hospital disfrutaba de permisos (autorizados por el médico) para salir del mismo y asistir a los partidos de fútbol en los que participaba su hijo. Pienso que era, además de un desahogo, una implicación íntima paterna de cara a una despedida que la intuía muy cercana.

Respecto a su enfermedad, no la negaba, no rehuía hablar de ella, sí luchaba hasta la extenuación por evitarla o vencerla. No la interpretaba como un castigo. Estoy convencido de que la enfermedad sirvió para crecer como persona tanto a él como a sus allegados, entre los que me incluía en este momento. En mí causó un gran impacto emocional el constatar cómo aceptaba su “mala suerte”, cómo controlaba dicha realidad, cómo nos hacía partícipes de sus ilusiones frustradas y de sus proyectos inconclusos.

Tenía exquisita sensibilidad y gran capacidad para hacernos felices a su lado.

Hablaba de la muerte con naturalidad, no con resignación, pero sí con entereza. Creo que la entendía como algo ya inevitable y deseaba vivirla en paz consigo y su familia. Gozaba de buen humor aún en los momentos más dolorosos, dando ánimos a todos los que le acompañábamos. ¡Hasta nos contaba chistes!

En definitiva, una gran persona, muy familiar, consecuente con sus creencias y respetuoso con las de los demás. Vivió su dimensión espiritual, en el periodo de su enfermedad, como la gran ocasión de profundizar y reafirmarse en su vitalidad. Acabará con las palabras con las que un paciente nuestro me dedicó como despedida: *“Cuando una persona concede el honor de tratar con la muerte cara a cara, abre la puerta para que los demás hagan el intento”*.

Voluntario - Hospital San Juan de Dios de Pamplona

